TRIGESIMA CUARTA SEMANA TIEMPO ORDINARIO

SOLEMNIDAD DE CRISTO REY DEL UNIVERSO

(Año Impar. Ciclo B)

Celebramos la Solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, con marcado acento escatológico y apocalíptico. Jesucristo es Rey por designio del Padre, y en nuestra vida reinará, en la medida le demos nuestra voluntad, la depositemos en sus manos y luego hagamos acto de obediencia a la fe, para que brille en nuestro modo de pensar y actuar. Ser partícipe de su Reino en esta vida, consistirá en servirle en el prójimo, porque lo contemplamos en el hermano; servimos a la justicia y el amor; la verdad y la paz, en libertad y obediencia de quien hace la voluntad de Dios, en una fe, que si bien oscura y desnuda, es pura, con una esperanza cierta en alcanzar la vida eterna y la unión de voluntad con Dios, tejido que ha hecho la caridad teologal. ¡Viva Cristo Rey!

DOMINGO

Lecturas bíblicas

a.- Dn. 7, 13-14: Su poder es eterno, no cesará.

El profeta contempla la imagen del Hijo del hombre (v.13), figura que representó a todo el pueblo, pobres y justos, que podrán participar en el poder de Dios. Es el triunfo de los justos y santos del pueblo elegido, a los cuales se anuncia la promesa de una liberación definitiva de parte de Dios. Mientras las fieras vienen del mar, el Hijo del hombre viene del cielo, del mundo divino. Se acerca al Anciano, es decir, a la presencia de Dios, y de ÉL recibe un poder eterno, que nunca pasará, jamás será destruido (v.14). Todos los reinos de la tierra vinieron del océano, el Reino de Dios y quien lo sostiene, viene de arriba, del mismo Dios. No es semejante a una fiera, sino a un ser humano: es el Rey mesiánico, anunciado por los profetas, pues a Él se le concede el poder real y el dominio de todos los reinos bajo el cielo. El autor sagrado, identifica este Mesías, Hijo del hombre, con el pueblo de los santos del Altísimo. Es un mesianismo colectivo y

eterno; es el triunfo del Cristo total en su tensión escatológica, el Cuerpo místico, la Iglesia.

b.- Ap. 1, 5-8: Príncipe de los reyes de la tierra.

El apóstol Juan se dirige a las Iglesias del Asia Menor y comunica a ellas la revelación que ha recibido de Jesucristo, sobre lo que acontecerá, lo que está por venir (Ap.1,1. 4). Comienza invocando sobre estas iglesias el nombre de Dios, el Padre, el Espíritu y Jesucristo. Denomina a Jesucristo: "Testigo fiel", pues Jesucristo selló con su sangre el evangelio que había predicado. Primogénito", o primer nacido de entre los muertos (cfr.1Cor.15, 20; Col 1,18), que resucita para no volver a morir (cfr. Rm 6,9), y "Príncipe" de los reyes de la tierra (v.5), que está sentado a la diestra del Padre y vendrá a juzgar a los hombres sobre las nubes (cfr. Dn.7,13). Juan, va señalando los dones que Dios ha proporcionado a los creyentes por medio de su Hijo, él nos amó y redimió, para darnos la dignidad de reyes y sacerdotes para gloria de Dios Padre (cfr. Zac.12,10.14; Mt. 24,30; Jn.19,37; Gal. 2,20; 3,15s; Tit. 2,14). Israel había sido llamado para constituir un pueblo de reyes y sacerdotes, pero es en la plenitud de los tiempos que se cumple esta vocación como nuevo pueblo de Dios (cfr. Ex. 19,6; 20,6; 1Pe. 2,9). Concluye este saludo el apóstol Juan, con una doxología a Jesucristo, a quien el Padre le ha confiado todo poder, también ser Principio y fin de todas las cosas, Alfa y Omega (v. 8). Esta lectura es una serena invitación a mantener viva la esperanza teologal ante la inminencia de la venida de Cristo, Señor y Juez (cfr. Mc 14,62; Mt 24,30). El Juicio será de salvación para quienes la aceptaron en vida y condenación para quienes la rechazaron. Cuando suceda la recapitulación de la Historia se cumplirá la promesa que Dios es Principio y fin de la Historia y cuando Jesucristo el Testigo fiel venga, con poder y gloria, se manifestará en plenitud el misterio de Dios y la comunión de los Santos alcanzará a contemplar que Dios es todo y en todos. La Historia habrá alcanzado la perfecta comunión del hombre con Dios.

c.- Jn. 18, 33-37: Tú lo dices: Soy Rey.

En el evangelio encontramos tres preguntas de Pilato a Jesús (vv.33-35), respuesta de Jesús (v.36); nueva pregunta de Pilatos y última respuesta de Jesús (vv.37). El texto nos introduce en el diálogo de Pilatos y Jesús durante la pasión. Durante todo el proceso Jesús manifiesta su realeza, también en el diálogo con Pilatos: “Entonces Pilato entró de nuevo al pretorio y llamó a Jesús y le dijo: «¿Eres tú el Rey de los judíos?» (v.33). La pregunta encierra la acusación que habían hecho contra ÉL los judíos (Lc.23,1-2). Respondió Jesús: «¿Dices eso por

tu cuenta, o es que otros te lo han dicho de mí?» (vv.33-34; cfr. Mc.15, 2.32; Mt. 27,11.42; Lc. 23, 2. 28). La respuesta de Jesús es: “Sí, como dices, soy rey” (v.37). Jesús se declara Rey, pero no como lo pensaba Pilatos: un líder, un mesías que dueño de Israel, acabara con el dominio romano. No es rey de este mundo, es decir, político; mundo para Juan es lo opuesto a Jesús. Su dominio no será sino servicio, por lo mismo se opone al concepto de rey que tiene el mundo. Realeza de Cristo, unida a la verdad. Es rey, no de Israel o los judíos como lo acusan, es su condición relacionada con la verdad como enviado del Padre para ser testigo de la verdad (Jn.3,33). También otros pueden participar de su realeza lo que se evidencia en su oración sacerdotal cuando pide al Padre que los santifique en la verdad viene a pedir que los una a su realeza (Jn.17, 17). El Espíritu Santo, el Espíritu de la verdad, está relacionado con la realza de Cristo (cfr. Jn.14,17; 15,26; 16,3), y si ha recibido la plenitud del Espíritu (Jn.1,32), encontramos los componentes de la persona de Jesús: realeza y verdad. Esta personalidad está en contra de Satanás, el padre de la mentira, jefe de este mundo (Jn.8,40). Deducimos que tiene sentido que Jesús diga que su reino no es de este mundo (Jn.18,36), y que ha venido a dar testimonio de la verdad y de la luz (Jn.3,19.21;12,46). “Todo el que es de la verdad, escucha mi voz”, afirma Jesús (Jn.18, 37), evocando la figura del Buen Pastor. Escucharle a ÉL, crea un clima de intimidad, entre el que habla y quien acoge atento cada una de sus palabras. El compromiso con Cristo y los valores del Reino, supone un compromiso real con ellos que favorezca la reconciliación entre los hombres, los derechos humanos y la dignidad de las personas (GS 76). Hay que trabajar entonces, para que Dios reine en la mente, corazones y voluntad de los hombres, y así se extienda el Reinado de Jesucristo, el Señor en nuestra sociedad.

S. Teresa de Jesús, que conoció las monarquías de su tiempo, nos invita a servir a este Rey eterno: “No vendrá el Rey de la gloria a estar unido con nuestra alma, si no nos esforzamos a ganar virtudes grandes” (Camino de perfección 16,6).

LUNES

Lecturas bíblicas

a.- Dn.1,1-6.8-20: Los tres jóvenes.

b.- Lc. 21, 1-4: El óbolo de la viuda.

En este evangelio, Jesús observa la donación de una viuda (vv.1-2); y alaba su actuar (vv.3-4). El texto nos narra la actitud de la viuda pobre, que dio todo cuanto tenía para vivir como ofrenda en el templo de Jerusalén (cfr. Mc. 12,41-44; 1Re.17,8-16). La acción se sitúa en el atrio de las mujeres, frente al tesoro del templo, donde se recogían en cepillos las ofrendas mandadas por la Ley y las donaciones voluntarias (2 Mac. 3,6). También está ahí Jesús, sentado que observa a la gente cómo depositan sus ofrendas, las presentan al sacerdote que pregunta el monto y su destino, es decir, si era para madera, incienso o para comprar los pájaros para los holocaustos. Jesús sigue con su enseñanza en el templo de Jerusalén y una pobre viuda, se acerca al cepillo y deposita dos moneditas de cobre, la centésima parte de un denario, acuñadas en tiempo de Herodes el Grande (cfr. Lc. 12, 59). Jesús la vio y escuchó a la mujer, pues se acostumbraba a cantar la suma entregada. La observación que hace Jesucristo, nos habla de su poder de captación de las actitudes interiores que posee la mujer y estima que revela un gesto de la auténtica piedad hebrea. Esta actitud, se contrapone con la de quienes poseen muchas riquezas y daban de lo que les sobraba. Acumulan riquezas, pero son pobres ante Dios, como el rico insensato (cfr. Lc. 12, 13-21), no así esta viuda, que es rica a los ojos de Dios, por su actitud de fe y confianza en la Providencia divina (cfr. Lc.12, 22-30). Ella lo dio todo para el culto de Yahvé y los más pobres que ella, dio lo que tenía para vivir. La revelación bíblica, más que presentarnos la riqueza y la pobreza desde su aspecto cuantitativo, acentúa la disposición interior de apego o desprendimiento que uno posee respecto al dinero, como a las riquezas. Este es el criterio que nos hace ricos o pobres a los ojos de Dios. La viuda vive el espíritu de las Bienaventuranzas, porque vive de la palabra de Dios (cfr. Lc. 6,10; 12,31). Si bien Jesús no hace nada por la mujer, ni siquiera le habla, la pone como modelo de caridad para quienes le escuchan ahí en el templo. En ella está representado el pueblo de Dios, partícipe del reino de Dios (cfr. 12,32). El pueblo de Dios es pobre, se arrima a Dios Padre, más que a sus bienes (cfr. Hch. 2, 44-47). La Iglesia, vive de la verdad de la Resurrección de Jesucristo, es la comunidad de los pobres, pero que son grandes a los ojos de Dios, porque con humildad lo dan todo y confían en el Señor. Los pobres son bien considerados y será la Iglesia la que asuma, a lo largo de los siglos la tarea de atenderles en muchas de sus necesidades hoy.

S. Teresa de Jesús, como la viuda del evangelio, aprendió a confiar en Dios, le entregó la vida para cantar sus misericordias: “Nunca falta Dios a quien en ÉL solo confía” (Relaciones 1,14).

MARTES

Lecturas bíblicas

a.- Dn. 2,31-45: El sueño de Nabucodonosor

b.- Lc. 21, 5-9: La ruina de Jerusalén y las señales precursoras.

El evangelio posee dos momentos: anuncio de la ruina de Jerusalén (vv.5-7), y las señales precursoras de la venida de Cristo (vv.8-9). Luego de oír su enseñanza, uno de sus auditores comenta la belleza del templo y sus piedras que le daban un gran esplendor al recinto sagrado con las reformas realizadas por Herodes el Grande (Lc.19,44). Había sido recubierto de mármol blanco, lo que lo hacía brillar junto al oro que adornaba sus puertas, junto al resto de sus ornamentos que adornaban su interior. En las palabras de Jesús hay una profecía y una amenaza: «Él dijo: Esto que veis, llegarán días en que no quedará piedra sobre piedra que no sea derruida.» Le preguntaron: «Maestro, ¿cuándo sucederá eso? Y ¿cuál será la señal de que todas estas cosas están para ocurrir?» (vv.6-7). Se trata de un desastre total, si bien todavía se puede contemplar el muro de los lamentos. El templo era el lugar de la presencia de Dos, en medio de su pueblo (cfr. Mi.3,9-12; Jer.7,14; 26,18; Ez.24,21). La pregunta sobre cuándo iba a suceder Jesús no la responde directamente (v.7; cfr. Mc.13,4; Mt.24,3), sino que pronuncia unas señales precursoras acerca de su segunda venida. Primera señal: Muchos vendrán hablando en nombre de Dios, otros mesías después que Él, falsos profetas, a los que no hay que oír para no perderse, enseña Jesús (v.8; cfr. Mc.6,50; Ex.3,14; Is.43,10; 52,6; Ap. 2,20). Las palabras de Jesús descubrirán a estos falsos profetas (cfr. Hch.5, 36-37; Mc.1, 15; Lc.12,45; 19,11). La consumación no será inminente, hay que esperar, es el tiempo del Espíritu y de la Iglesia, tiempo de la paciencia de Dios, comienzo de ese cielo nuevo y tierra nueva.

S. Teresa de Jesús, descubrió la belleza del alma en gracia, otra Betania para el Maestro: “Pues hagamos cuenta que dentro de nosotras está un palacio de grandísima riqueza, todo su edificio de oro y piedras preciosas, en fin, como para tal señor; y que sois vos parte para que este edificio sea tal, como a la verdad es así que no hay edificio de tanta hermosura como un alma limpia y llena de virtudes, y mientras mayores, más resplandecen las piedras y que en este palacio está este gran Rey que ha tenido por bien ser vuestro Padre, y que está en un trono de grandísimo precio, que es vuestro corazón.” (Camino de perfección 28,9).

MIERCOLES

Lecturas bíblicas

a.- Dn. 5,1-6.13-14.16-17.23-28: Dios ha contado los días de tu reinado.

b.- Lc. 21,10-19: Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas.

El evangelio nos presenta otras señales precursoras del fin del final de los tiempos guerras y desastres naturales (vv.10-11); persecuciones y testimonio apoyado en la sabiduría divina (vv.12-14); odio familiar y martirio (vv.15-17); protección divina y perseverancia que conduce a la salvación (vv.18-19). Segunda señal: habrá guerras, calamidades, insurrecciones, etc., el cristiano no se debe alarmar, todo está dentro del plan de Dios; todos acontecimientos previos al Juicio final (vv.10-11; cfr. Dn. 2, 28). Es la creación que sufre dolores de parto, caos cósmico y social, la caída de Jerusalén hizo sufrir a judíos y cristianos por igual, dolores que dan a luz una nueva vida (cfr. Rm. 8, 18-24). Tercera señal. Se refiere a la persecución que padecerán los cristianos (1Tes.2,15-16), pero ÉL les asistirá con una sabiduría que sus adversarios no podrán resistir ni contradecir (v.15; Ex.4,12.15; Jr.1,9; Mc.13,11). Finalmente, la cuarta señal habla de cómo las familias estarán divididas entre los que son de Cristo y los que denunciarán a sus propios parientes a causa de la fe (v.16). Más que todo este lenguaje de la apocalíptica judía nos habla de lo caduca que es la vida del hombre, que el mundo tendrá su fin, no es eterno, pero también, una llamada a la conversión y aceptar la salvación que Dios nos ofrece en Cristo. Permanece en nuestro horizonte la promesa de Cristo: “Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas” (v.19). La venida de Cristo y el Juicio final traen el cielo nuevo y la tierra nueva, donde reinen la justicia y la paz (cfr. Ap. 21,1). La esperanza cristiana, la salvación que trae Jesucristo, no es cosa del pasado, ni de un futuro consumado, sino que se construye en el hoy. La salvación está actuando hoy, tarea de la fe del cristiano es descubrir la presencia salvadora del reino, es decir, Dios presente en medio de la vida de los hombres y mujeres. La redención traída por Jesucristo, requiere paciencia, constancia y perseverancia, aceptación incluso de la persecución y el martirio, que está dentro de la voluntad de Dios para la comunidad eclesial. Lo que trae la salvación y lleva a la vida, no es la violencia ni la apostasía, sino la paciencia perseverante en la fe (cfr. Ap.13,10). Para el que cree, todo redunda para su bien, enseña el apóstol (cfr. Rm.8,28). Lo nuestro será dar testimonio de nuestra fe alimentado por la Palabra y la Eucaristía, la comunidad eclesial que celebra y el prójimo al que servimos.

S. Teresa de Jesús, quiso ser mártir por amor a Jesucristo y alcanzar así el cielo, desde su infancia. De mayor conoció la persecución en su condición de monja de clausura, fundadora y escritora mística. “Aquí veréis, hermanas, si he tenido razón en decir que es menester ánimo y que tendrá razón el Señor, cuando le pidiereis estas cosas, de deciros lo que respondió a los hijos del Zebedeo si podrían beber el cáliz (Mt 20,22). Todas creo, hermanas, que responderemos que sí, y con mucha razón; porque Su Majestad da esfuerzo a quien ve que le ha menester, y en todo defiende a estas almas, y responde por ellas en las persecuciones y murmuraciones, como hacía por la Magdalena (Lc 7,44), aunque no sea por palabras, por obras; y en fin, en fin, antes que se mueran se lo paga todo junto, como ahora veréis. ¡Sea por siempre bendito y alábenle todas las criaturas, amén!” (6 Moradas 11,12).

JUEVES

Lecturas bíblicas

a.- Dn. 6,12-27: Dios protege a sus escogidos.

b.- Lc. 21, 20-28: Asedio de Jerusalén.

El evangelio nos habla de la destrucción de Jerusalén (vv.20-24), y la venida del Hijo del hombre (vv.25-28). Claramente se habla de una ciudad sitiada con ejércitos que la rodean, invadida por la desolación, pero antes de su destrucción, hay tiempo para la huida a los montes (v.21; cfr. Jr. 4, 7; 37,11). El evangelista separa el tema de la destrucción de Jerusalén y el final de los tiempos. Se trata de interpretar la abominación que lleva a la desolación, es decir, los romanos asediarán Jerusalén y la llevarán a la desolación. Cuando la ciudad se vea cercada por los ejércitos, el discípulo verá que el comienzo del Juicio de Dios es inminente. Entregada a los enemigos, el discípulo no debe perecer con la ciudad, sino huir a los montes. Es el tiempo de los infortunios, que los profetas habían anunciado (cfr. 1Re.9, 6-8; 1Mac.1,60-61; Jer. 22,5; Dn.9,26; Miq.3,12). La mención de las mujeres encinta, es imagen del infortunio y apuros que provoca el Juicio de Dios, además, del dolor que siente Jesús por la ciudad de Jerusalén (v.23; cfr. Lc.19, 42ss). Jesús solidariza como hermano de las que sufran esta realidad, pero que con obediencia se somete al querer del Padre manifestado en su palabra. Todo se cumple a partir del año 66-70, en la guerra judía contra Roma, cuando Lucas escribe, la ocupación todavía tiene lugar. Jerusalén ha sido pisoteada por los pueblos gentiles, sus habitantes caen a filo de espada (v.24; cfr. 2 Cro. 36,20-21; Jer.20, 4; 25,11; 29,10; Dn. 8,13; 9,1-2. 24-27). La palabra fue dada para nuestro consuelo, advertencia y salvación (cfr.1Cor. 10,11). Tiempo de

los gentiles que tendrá su tiempo, luego vendrá el Juicio final, y la definitiva soberanía de Dios. Es el espacio en que entran en la Iglesia las naciones, y se les ofrece la salvación que antes había ofrecido a Israel (cfr. Rm.11,25; Lc.13,35). Mientras tanto, la fidelidad de Dios se mantiene, a pesar de la reprobación de los hombres. En un segundo momento, el evangelio habla de los signos que precederán a la venida de Jesucristo al final de los tiempos, hasta las fuerzas del cielo se estremecerán (v.26; cfr. Job.38,24). Cuando todo se hunde, ¿qué hará el cristiano? Reconocer las señales del que ha de venir, mientras unos viven el pánico del presente, otros esperan gozosos a Cristo; sin ÉL pura ansiedad, con ÉL esperanza y confianza segura en su palabra. Es entonces cuando el Hijo del hombre se haga visible, todos le verán, tendrá la certeza absoluta que es ÉL. Viene en una nube, el carro de Dios, con poder y gloria, porque el Hijo del hombre participa del señorío de Dios (cfr. Dn.7,13s). Si hasta ahora la Iglesia y los fieles han sufrido el odio, la persecución, cuando aparezca el Hijo del hombre, levantará la cabeza, signo de exaltación. La Iglesia sufriente se convierte en Iglesia triunfante (cfr. Lc.1,68). Es el día de la recolección para la Iglesia, el tiempo de la misión ha cesado, tiempo del ingreso a los pueblos, ahora se recogen los frutos alanza así la Iglesia su plenitud y redención definitiva en cada uno de sus hijos.

S. Teresa de Jesús nos enseña que uno de los grandes pilares de la oración es el deseo de ver a Dios: “Considerando lo que gozan los bienaventurados, nos alegramos y procuramos alcanzar lo que ellos gozan” (1Moradas 1, 3).

VIERNES

Lecturas bíblicas

a.- Dn. 7,2-14: Vi venir una especie de hombre sobre las nubes del cielo

b.- Lc. 21,29-33: Parábola de la higuera.

En este evangelio encontramos el florecer de los árboles (vv.29-31), todo ocurrirá dentro de esta generación (v.32), certeza de las palabras de Jesús (v.33). Este texto también lo encontramos en Mc. 13,28-32; Mt.24,32. Puede evocarnos la higuera estéril (Lc.13,6-9), aquí se destacan sus brotes. El texto nos presenta la parábola de la higuera y la cercanía del Reino de Dios. Cuando retoña la higuera, es signo que el invierno ha pasado y se acerca el verano, lo mismo sucederá con la llegada del Hijo del Hombre, la llegada definitiva del Reino de Dios y la liberación, plenitud de la vida cristiana, la redención llevada a su consumación

(cfr.1 Cor.15,24-28). Otra higuera fue imagen de caducidad, ésta fija la atención en sus retoños, es decir, la vida que se acerca (cfr.Lc.13,6-9). Se trata de la caducidad y limitación del hombre y de la historia; limitado por la muerte, por una parte, pero por otra está llamado a la plenitud. Puesto en el misterio de Dios, plenitud de vida y amor, el creyente lleva en su vida la semilla de lo eterno, por su bautismo, pero también, la caducidad de su condición humana, la muerte y que espera su resurrección. Nos queda la muerte como límite y la resurrección de Jesucristo como apertura a la trascendencia. La muerte de Jesús y la del hombre termina como un fracaso, pero este misterio se puede iluminar con el mensaje propio de la Pascua. Frente a los signos de muerte y caducidad del hombre y la creación que vemos en nuestra sociedad, debemos mirar a Jesús Crucificado y Resucitado. La imagen de la higuera le sirve a Jesús para anunciar que la llegada del Reino está llena de signos premonitorios, otros pasajes evangélicos, nos señalan la presencia actual del Reino en cada uno de nosotros, entendidos en el espacio que va de la predicación de Jesús y la consumación de la historia (cfr.Lc.10,9;11,20;17,21;19,11). “Yo os aseguro que no pasará esta generación hasta que todo esto suceda. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (vv. 32-33; cfr.Sal.119, 89; Is.40,8). Esta frase se puede entender como el espacio que hay entre la subida de Jesús a la derecha del Padre, la Ascensión, y su parusía. Mientras el universo perecerá, las palabras de Jesús conservan su vigencia; se acercan los días finales, ellos iluminan nuestro caminar. Jesús termina este pasaje con una afirmación cristológica: su palabra se iguala a la de Dios: los cielos y la tierra tendrán su fin. En todo tiempo, el cristiano vive el misterio de Cristo, muerto y resucitado, puesto que experimenta la muerte y la vida eterna acercándose a la plenitud que lo invade desde lo interior.

S. Teresa de Jesús nos enseña a pedir que venga el reino de Dios: “Pues dice el buen Jesús que digamos estas palabras en que pedimos que venga en nosotros un tal reino: Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino. Mas mirad, hijas, qué sabiduría tan grande de nuestro Maestro. Considero yo aquí, y es bien que entendamos, qué pedimos en este reino. Mas como vio Su Majestad que no podíamos santificar ni alabar ni engrandecer ni glorificar este nombre santo del Padre Eterno conforme a lo poquito que podemos nosotros de manera que se hiciese como es razón si no nos proveía Su Majestad con darnos acá su reino, y así lo puso el buen Jesús lo uno cabe lo otro.” (Camino de perfección 30,4).

SABADO

Lecturas bíblicas

a.- Dn. 15-27: El Señor irradiará luz sobre ellos.

b.- Lc.21, 34-36: Estad siempre despiertos, para no ser sorprendidos.

Este evangelio nos invita a la vigilancia (vv.34-35), actitud orante para tener fuerzas y mantenerse en pie delante de Cristo (v.36). La venida de Cristo Jesús trae el Juicio final (cfr. Lc. 17, 31), en él se decide el destino de nuestra salvación o de condena. Esto hay que prepararlo. La comida y la bebida pueden ser un obstáculo para ver y pensar, el corazón y la voluntad deben estar libres para disponer las mejores decisiones respecto a nuestra vida moral y espiritual referente a la venida del Señor. No puede estar embotado nuestro corazón porque no sólo no sabrá decidir lo mejor, sino que no puede pensar en ese día, si vive para los placeres de la vida terrena. Esta vigilancia determina un estilo de vida que permita tener un alma y mente despiertas (vv.34-35; Is.29,9; Rm.13,2s). El Juicio es para todos y hay que estar preparados enseña el evangelista, puesto que la forma de vivir facilita la conversión y la facultad de estar atentos ante el imprevisto de la llegada de Jesús, porque caerá como un lazo, lo que alude, a la sorpresa y rapidez del evento: “Que su mesa se convierta en un lazo y su abundancia en una trampa” (Sal. 69,23; Is.24,17-20), o bien: “Volved al buen sentido, liberándose de los lazos del diablo, que los tiene cautivos y rendidos a su voluntad” (2 Tim. 2,26; Lc.12, 45-46; 17,24). La señal es para todos, carácter ecuménico lo que habla de la universalidad del Juicio de Dios. Muy unida a la vigilancia, Jesús recomienda la oración al cristiano, insistente, pedir la fuerza para superar, la tentación de apostasía durante la persecución (cfr. Lc. 6,12; 18,1;21,12-19). Concluye hablando de la posición erguida, estar de pie, que deberá tener el cristiano el día del Juicio ante Jesucristo Juez, (v.36), como S. Esteban diácono: “Estoy viendo los cielos abiertos y al Hijo del hombre que está en pie a la derecha de Dios” (Hch.7,56). El que ora está presente ante Dios y el que está en vela por Dios, teologal y místicamente ora ante el Dios Padre (v.36; cfr. Ef. 6, 8, Ap.6,17). La oración es un buen ejercicio de espera y también de Juicio, porque tenemos que presentarnos ante Jesucristo con toda verdad para ser juzgados en su Verdad. Leer la propia vida, en clave orante a la luz de su Verdad. La participación en el banquete eucarístico, es otra forma de vigilia, de oración y alimentarse del Pan de vida eterna. (cfr. Lc. 22, 15). El Hijo del Hombre tiene la última palabra no sus enemigos.

Santa Teresa afirma que se alegrarán los que siempre hicieron de su vida un continuo contentar a Dios, lo que se realizó no sin grandes sacrificios y esfuerzos

personales. Puro don de Dios y responsabilidad de lo recibido. “Bienaventurados los que en aquel temeroso día del juicio se alegraren con Vos” (Exclamaciones 3,2).

P. Julio González C.

Pastoral de Espiritualidad Carmelitana.